

Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra: Capitalismo: una civilización de dimensiones ecológicas y raíces americanas

Autor: Valero Pacheco, Perla Patricia y Alejandro Fernando González

Forma sugerida de citar: Valero, P. P. y González, A. F. (2022). Capitalismo: una civilización de dimensiones ecológicas y raíces americanas. En H. G. H. Taboada y A. Kozel (Eds.), *En busca de la civilización latinoamericana* (165-182). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Datos del libro: *En busca de la civilización latinoamericana*

Diseñadora de cubierta: Brutus Higuita, Marie-Nicole

Diseñadora de interiores: Martínez Hidalgo, Irma

ISBN: 978-607-30-6342-5

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

7. CAPITALISMO: UNA CIVILIZACIÓN DE DIMENSIONES ECOLÓGICAS Y RAÍCES AMERICANAS

Perla Valero*

Alejandro Fernando González**

Al desligar la idea de civilización de sus representaciones eurocéntricas —que han colocado a la llamada civilización occidental como el pináculo civilizatorio absoluto— podemos considerarla liberada de las ataduras que la constreñían a una sola de sus posibilidades para verla en su enorme multiplicidad y diversidad. Lo que posibilita, entre otras cosas, observar el hecho civilizatorio en relación con el capitalismo, entendido este último como un modo específico de configurar la producción material y cultural de las diversas formaciones sociales. A partir de ello ponemos sobre la palestra la idea de *civilización capitalista*, la cual no es la civiliza-

* Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (perlapvalero@gmail.com).

** Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (feralexgonzal@gmail.com).

ción en general, sino una configuración determinada y por tanto histórica. Pues el hecho civilizatorio asume *diferencias específicas*; singularidades que, sin ser exclusivas del horizonte occidental europeo, se han expandido a través de toda la ecumene, mundializándose a escalas planetarias.¹

Esta medida geohistórica que alcanza el hecho civilizatorio bajo la impronta capitalista sería quizás uno de sus rasgos distintivos. Ciertamente, la civilización capitalista no es ni la primera ni la única que ha existido (y queda abierta la discusión sobre si es la única que hoy podemos identificar como “realmente existente” o si coexiste con otras civilizaciones no capitalistas). Sin embargo, sí encarna la primera civilización que se ha tornado verdaderamente mundial, a una escala que otras experiencias civilizatorias no pudieron o no se propusieron alcanzar: su presencia hegemónica es hoy innegable en las cuatro partes del mundo, aunque en distinta medida. Sin embargo, sus características específicas no se reducen a la mera extensión geoespacial, sino también se revelan en términos de su profundidad. Es decir, el calado y la intensidad de las transformaciones e impactos que ha producido sobre los soportes, tanto materiales-naturales como socio-culturales, que sostienen al hecho civilizatorio mismo en su totalidad. Por ello, se trata de una civilización global.

La irrupción del capitalismo en la historia de la humanidad logró conectar —directa o indirectamente, con ritmos diferenciados y muy a menudo sumamente violentos— todos los ensamblajes sociales a través de una inédita economía mundo. Pero simultánea-

¹ Por “hecho civilizatorio” nos referimos a la tendencia a la transnaturalización de lo humano. Es decir, la humanidad constituye una naturaleza distinta, singular, que comienza a distinguirse o separarse de la naturaleza en general, mientras continúa siendo naturaleza.

mente transformó el modo mismo en que las relaciones sociales pueden existir porque modificó los términos en que la humanidad se relaciona con la naturaleza, y a su vez produjo lo que Jason W. Moore ha llamado una “ecología-mundo capitalista”, lo que implica una modificación profunda en el propio hecho civilizatorio.

La civilización propiamente capitalista ha producido, al desatar los potenciales técnicos y productivos de la humanidad, todo un sistema de objetos o valores de uso, que han transformado profundamente las relaciones cotidianas entre las y los sujetos. Y al mismo tiempo ha modificado las relaciones con la naturaleza, al punto de ponerlas en entredicho. De tal suerte que hoy podemos hablar de una crisis general civilizatoria sin precedentes. Pues si algo ha hecho palpable la época de la civilización capitalista, al poner en crisis la relación de lo humano con su medio ambiente, es que no hay civilización fuera de la naturaleza; que ésta es parte activa de su propia constitución. De allí que teóricos como el propio Moore o Fritjof Capra hablen de *humanidad-en-la-naturaleza*, para romper con la visión dicotómica y binaria que ha separado al sujeto del objeto, a la sociedad de la naturaleza: una idea que coloca la crisis ambiental fuera de la civilización y no como parte de ella misma.

De esta forma, la civilización capitalista posee dimensiones ecológicas dentro de su globalidad, pues no sólo produce su propia forma social (tal y como lo pensó Karl Marx), y su propia cultura (como lo propuso Bolívar Echeverría con su planteamiento del *ethos* capitalista o la blanquitud), sino, además, como lo ha señalado Moore, produce su propia naturaleza histórica que reorganiza (y destruye) los metabolismos naturales del valor de uso planetario. Todo ello a partir de una particular revolución ecológica que se inicia, como ya lo había sugerido Marx, desde el siglo XVI con

la conquista de América, crece a pasos agigantados durante los siglos XVII y XVIII y encuentra su punto de inflexión en el siglo XIX, con la llamada Revolución Industrial y la consolidación del capitalismo fósil, que se decantó en una grave y profunda crisis en el siglo XX y en lo que corre del XXI.

Desde esta perspectiva puede ponerse de relieve que la civilización capitalista empieza a prevalecer desde el siglo XVI, y sus inicios, aunque globales en sí mismos, tienen una clara impronta atlántico-americana. Una civilización con su propia cultura y vida material que también ha dejado huella en la geología del planeta, mundializando, por vez primera en la historia, una crisis ambiental, tema que abordará este texto para problematizar la idea de la existencia de una *civilización capitalista* y explorar uno de sus rasgos distintivos: la dimensión ecológica.

¿CIVILIZACIÓN MATERIAL Y ECOLOGÍA CAPITALISTA?

Civilización es un concepto que ha sido definido de muy diversas formas, como lo han presentado otros capítulos de este libro. Entendido a veces como entidad cultural y hasta identidad de los pueblos, el concepto también se ha empleado como justificación de proyectos colonialistas y por ello su uso ha sido marginado de las ciencias sociales. A pesar de ello, pensamos que puede ser útil, especialmente si se trata de seguir el sentido braudeliano y hablamos de *civilización material*: esa zona que alude a lo habitual, a las costumbres, que se extiende antes, durante y por debajo del mercado, como una actividad fundamental, básica, que se encuentra en todas partes. Como una suerte de *infraeconomía* que forma parte de las estructuras de lo cotidiano: las cosas, los animales, las plantas, los microorganismos, los virus, la *vida material* de los

seres humanos en sus diversas modalidades (en términos de alimentación, vestido y vivienda; lujos, herramientas, juguetes e instrumentos monetarios; poblados y ciudades).

Desde la crítica de la economía política de Marx, lo que Fernand Braudel denomina civilización material correspondería, en un principio, a todo un sistema de valores de uso, que se presenta al margen de los valores de cambio, de los precios y del frenético movimiento del dinero. Se trata pues, de una vida material, que a través de elecciones civilizatorias coloca un ensamblaje social sumamente complejo, lo que llamamos el hecho civilizatorio en cuanto tal. Así pues, cuando contemplamos dicho ensamblaje desde el prisma del capitalismo, podemos observar que éste ha producido su propia civilización material, que ha arrastrado todo, no sólo los juegos del intercambio, sino la producción de ganancias. Con ello, el capitalismo pone en marcha un sistema de objetos producidos por y para sí mismo, a su imagen y semejanza. Así crea una *vida material propiamente capitalista*, que no sólo modifica lo social en cuanto tal, sino también a la naturaleza (soporte, contenido y fuente de toda la vida material), lo que pone en movimiento relaciones y cualidades inéditas que la distinguen de otras formas civilizatorias. Por ejemplo, sólo la civilización capitalista ha producido un mundo de plástico quemando petróleo: el signo de su propia civilización material.

Y esto es así porque toda producción de objetos constituye, al mismo tiempo, una relación con la naturaleza, que modifica las relaciones sociales mismas y no deja incólume la relación humanidad-en-la-naturaleza. De tal suerte que, cuando decimos que el capitalismo produce una civilización material, sostenemos al mismo tiempo que el capitalismo produce un nuevo tipo de naturaleza y con ello produce su propia ecología.

DE RAÍZ DIVERSA PERO AMERICANA

La vida material de la civilización capitalista y su régimen social y ecológico se han conformado a través de un periodo de larga duración. Si bien es de raíz diversa, una de sus principales afluentes comienza a dibujarse en las latitudes del Nuevo Mundo: un largo siglo XVI americano que perfila un entramado sistema de intercambios civilizatorios. Allí nace una nueva economía mundo, cuyo epicentro está en el crisol trasatlántico inaugurado por los viajes colombinos, que posibilitan la producción de un sistema sumamente complejo de objetos —inédito hasta ese momento— a través de la puesta en marcha de un *mercado mundial propiamente capitalista* que se expandió en escalas nunca antes vistas. Este sistema modificó la vida cotidiana de manera irreversible, a través de lo que Alfred W. Crosby llamó un *imperialismo ecológico*, que no sólo movilizó objetos inertes sino toda una enorme variedad de organismos vivos, transformando la biota, o el régimen biológico dominante hasta el momento, con repercusiones que fueron más allá de las dos costas de la cuenca del Atlántico. Así iniciaba una onda, no sólo expansiva, sino intensiva, de transformación de lo social pero también del medio ambiente, que comienza a recorrer varias centurias. Es por ello que tres siglos después Braudel identifica que el antiguo régimen biológico llegaba a su fin en el siglo XVIII, modificando con ello todos los metabolismos sociales y naturales a través de revoluciones alimentarias que trastocaron profundamente la relación entre las necesidades y las posibilidades de la producción.

El nuevo régimen biológico se consolidaría en el siglo XIX, como afirma Robert Marks, cuando aún 80% de la población mundial era campesina, vivía de la tierra y era productora directa de sus alimentos. A partir del siglo XVIII los recursos del Nuevo Mundo

y la industrialización comenzaron a aliviar los antiguos límites del crecimiento de la población. Entre 1450 y 1700 la población humana aumentó de 350 a 720 millones. Incremento demográfico que sucedió de forma continua y acelerada, y que implicó su expansión sobre la tierra. Significó una disminución de los territorios, es decir menos hábitats disponibles para otras especies, de manera que la vida salvaje se vio mucho más amenazada. Desaparecieron los lugares de refugio para humanos y no humanos, como lo observó Donna Haraway. E implicó, como lo ha señalado Vaclav Smil, obtener más energía de los ecosistemas en forma de alimento, así como la incorporación de una masa mayor de animales no humanos a las dinámicas de explotación capitalista en niveles industriales.

Es en este marco que la civilización capitalista comienza a utilizar sistemáticamente la energía fósil (carbón vegetal y mineral principalmente) para poner en movimiento su enorme mecanismo motriz, con lo cual comienza un uso masivo de energía exosomática, que funda lo que, siguiendo a Andreas Malm, puede llamarse un *capitalismo fósil*, que decanta en la explotación masiva de carbón y petróleo en el siglo xx. Basta con echar una mirada sobre registros históricos disponibles para darse cuenta de que las emisiones de dióxido de carbono, principal gas de efecto invernadero, sufren un punto de inflexión a la alza en pleno siglo xviii, justo cuando el capitalismo fósil entra en acción.

El efecto invernadero —resultado de las emisiones de dióxido de carbono, del que nadie puede escapar y que nos tiene en alerta climática— se considera una de las pruebas irrefutables de la crisis ambiental global. Una crisis que ha intentado ser conceptualizada como expresión del Antropoceno: una nueva época geológica marcada por la acción generalizada de los seres humanos, pero

donde se desdibuja la acción de la civilización material capitalista y su naturaleza histórica.

LA CIVILIZACIÓN CAPITALISTA:
EL PUNTO CIEGO DEL ANTROPOCENO

“La era de los seres humanos”, éste es el significado del término *Antropoceno*, cuyo uso se ha extendido en los últimos años, cruzando las fronteras de la “comunidad científica y la academia”, logrando permear la cultura popular y las industrias de la comunicación masiva. El término fue acuñado en el ámbito de las ciencias naturales en 2002, por el limnólogo Eugene F. Stoermer y después difundido por Paul J. Crutzen, químico atmosférico y Premio Nobel, para dar cuenta de un nuevo tiempo geológico donde los humanos serían la principal fuerza de cambio y transformación. Curiosamente, la idea no era nueva. Otros autores desde finales del siglo XIX y durante el siglo XX habían propuesto términos similares que hacían referencia a esta misma fuerza geológica humana, como Antropozoico (1873), Era antropogénica (1913), Antroceno (1992) y Homogenoceno (1999).

No es casual que encontremos este tipo de reflexiones hacia la segunda mitad del siglo XIX en el momento de la “era del capital”, como la bautizó Eric Hobsbawm, cuando los estragos ambientales del capitalismo y la Revolución Industrial con su quema de combustibles fósiles ya se hacían sentir. En Inglaterra, las máquinas de vapor del capitalismo fósil que devoraban los bosques comenzaron a transitar hacia la explotación de carbón mineral, lo que llenó de humo las ciudades industriales y los pulmones de la clase trabajadora.

No podemos pasar por alto que la llamada acumulación originaria no sólo se levantó sobre la privatización de las tierras y aguas

de las comunidades campesinas y sobre los cuerpos de las mujeres, como advirtió Silvia Federici. También se sostuvo sobre los cuerpos de los animales y su trabajo. Para el siglo XIX, los animales de las comunidades que circulaban libremente —gallinas, ovejas, cerdos, vacas y bueyes— fueron confinados en granjas y sometidos a la violencia de la crianza estandarizada y de la incipiente ganadería industrial (que devoraba la propiedad comunal campesina). Y los caballos, que ya eran utilizados como instrumento de guerra, habían sido reducidos al trabajo forzado para mover los trapiches de las plantaciones, acarrear bultos en las minas y transportar mercancías humanas y no humanas en la industria del transporte, donde morían prematuramente a causa de las extenuantes jornadas, compartiendo el dolor de la explotación inmanente a la civilización capitalista con los animales humanos.

“Me atormentaron, que es lo que los hombres llaman cuidar. Se me fueron cayendo los cascos. Se me hincharon y curvaron las patas y me quedé débil y apático”, narra Jolstomer, protagonista de *La historia de un caballo*, novela de León Tolstói de 1886, que relata la vida de un caballo viejo en la Rusia decimonónica. Caballos, vacas, cerdos, gallinas y ovejas pasaron a formar parte de la fuerza de trabajo, como señala Jason Hribal, y su explotación fue fundamental para el desarrollo del capitalismo. De allí que, en el mismo siglo XIX surjan los movimientos animalistas. En un momento en que las relaciones capitalistas con los animales coexistían con la economía moral de cuasi subsistencia de los grupos campesinos y sus bienes comunes, de los que también disfrutaban los animales y que les fueron arrebatados. La economía capitalista, al devorar tierras y bosques, impulsó el surgimiento del conservacionismo, representado por personajes como Henry David Thoreau y George Perkins Marsh en Estados Unidos, y

Miguel Ángel de Quevedo en México, preocupados por formar y proteger reservas naturales.

En el siglo XIX, esta conciencia ambiental se expresó no sólo por las buenas intenciones de ilustrados y románticos, sino porque es un momento en el que ya se comenzaban a observar los cambios ecológicos causados por la civilización capitalista, aunque quizás no de forma generalizada. Sin embargo, los defensores de la teoría del Antropoceno no consideran el peso de la civilización capitalista y su vida material en el desarrollo de estos cambios socioecológicos y su correlato geológico. Ni siquiera existe un consenso como tal sobre el origen de la era antropocénica, y la periodización que se propone varía dependiendo de la fuente que se consulte.

Hay quien habla de un Antropoceno antiguo, que inició con la Revolución Neolítica y la generación de una glaciación de retroceso y la liberación de gases de efecto invernadero, ambas huellas detectables en el registro geológico. Otros datan su origen a finales del siglo XVIII con la Revolución Industrial y su quema de combustibles fósiles, que comenzaron a transformar la atmósfera y convirtieron ciudades modernas como Londres en ciudades de humo. Mientras que algunos más sitúan su génesis en la llamada “gran aceleración”, punto de partida de la sociedad de consumo de masas, desarrollada tras la segunda posguerra en el siglo XX, con sus bombas atómicas que modificaron los isótopos radiactivos del planeta, aunque en cantidades mucho menores de lo que harían posteriormente los accidentes de centrales nucleares.

AMÉRICA Y LA ECOLOGÍA MUNDO CAPITALISTA

Si bien el parteaguas de la Revolución Industrial entra en las consideraciones de la teoría del Antropoceno, esto no es sinónimo de

una mirada comprensiva del papel del capitalismo en la “época humana” de la tierra. Como ya mencionamos, la civilización capitalista y su revolución ecológica no nacieron de la mano de la máquina de vapor en 1784, como podrían pensar algunos antropocénicos, sino que existe desde hace quinientos años por lo menos, y sus orígenes se cruzan con la conquista de América, impulsada por la persecución de la forma valor que realizaba sus ganancias en rutas comerciales controladas por China, el imperio árabe y el imperio mongol, de las que Europa era una periferia en la Edad Media y todavía hasta el siglo XVIII.

En América, cuarta parte del mundo, la civilización capitalista impactó a través de su imperialismo ecológico. Y aquí es importante volver a Crosby y sus observaciones sobre la expansión biológica de la Europa capitalista, que implicó un colonialismo sobre los ecosistemas y hasta los sistemas inmunológicos de la población nativa. Pero este imperialismo ecológico también implicó el despliegue de relaciones sociales de explotación sobre pueblos indígenas y africanos (desembarcados tras su esclavización), a través de diversas formas de trabajo forzado que producían mercancías (azúcar, tabaco, algodón etc.) para un mercado mundial. Pues el colonialismo ecológico del capitalismo no está separado del colonialismo económico y cultural. Coexisten y se codeterminan.

Con la conquista de América se fraguó, además, el inicio del capitalismo agrario o del *Plantacionoceno*, término propuesto por Donna Haraway que remite al nacimiento del complejo agro-industrial de monocultivos, cuya insignia fue (y continúa siendo) la plantación, anticipación perentoria de lo que será la maquinaria y la gran industria de los siglos por venir. Esa institución productiva y carcelaria devastó los bosques del Caribe y de otros sitios de América con el fin de liberar tierras para el rey azúcar, como lo

llamó Eric Williams. Hoy sigue devorando la selva al empujar la frontera agrícola, llevando consigo el trabajo forzado y el esclavo que le son consustanciales, tal como comenzaba a hacerlo en el siglo XVI en América y como lo había hecho en el siglo XV en las islas del Atlántico africano.

América no sólo fue la consolidación del capitalismo agrario, sino de la industria ganadera moderna, posible gracias al ganado de pezuña que se extendería sobre las tierras indias. Primero criado para ser intercambiado por esclavos indígenas que pudiesen trabajar en la naciente industria minera colonial en el siglo XVI, y después explotado en las haciendas ganaderas, donde el sobrepastoreo y la sobreexplotación acuífera desertificaron la tierra y modificaron los paisajes americanos, como observó Elinor Melville. Entre la explosión de ungulados, traídos por los conquistadores a finales del siglo XV, y la fundación de los modernos mataderos en Detroit y Cincinnati a principios del siglo XX, que hicieron de Estados Unidos una república porcina, encontramos el desarrollo de la civilización capitalista y su colonialismo ecológico.

Si bien se ha puesto la atención, de manera privilegiada, sobre el capital industrial que irrumpe de manera descollante en los siglos XVIII y XIX, no habría que olvidar que, en términos históricos, el capitalismo agrario fue primero. Con un fuerte protagonismo durante, por lo menos, trescientos años, preparó y allanó el señoramamiento del capitalismo fósil industrial. El capitalismo agrario también contribuyó históricamente a la actual crisis climática porque liberó dióxido de carbono al desmontar bosques y selvas para el pastoreo y los monocultivos. Quizás son más reconocidos estos procesos en Irlanda, como narró Karl Marx en *El capital*, donde miles de ovejas desplazaron a las y los campesinos para nutrir a la industria textil inglesa en el siglo XVIII. Pero estos proce-

Los llevaban dos siglos en América, aunque de forma diferenciada, con ritmos propios y en sitios particulares.

Entre los siglos XVI y XIX, el capital se dedicó a trastocar, desde sus fundamentos, las relaciones comunitarias y campesinas de la humanidad—en—la—naturaleza, arrojando como resultado una masa humana de desposeídos para la explotación y una naturaleza destruida, privatizada y refuncionalizada para la producción de mercancías. Un proceso que terminaría de consolidarse en el siglo XX. Durante estos quinientos años, la civilización capitalista, con su vida material, ha producido su propio régimen ecológico y social, un punto ciego para la teoría del Antropoceno que tiene, además, sus propios puntos flacos.

LA CIVILIZACIÓN DEL CAPITALOCENO

En el apartado anterior comenzaron a mencionarse algunas repercusiones geológicas de “origen humano”, como la liberación de gases de efecto invernadero, la glaciación de retroceso y los isótopos radiactivos presentes en hielos y sedimentos. Pero existen otros, como la aparición de rocas plastigomeradas, islas de plástico en los océanos, presencia de agroquímicos y plaguicidas que alteran los sedimentos, desertificación de los suelos, metales pesados en los hielos perpetuos, cambios en el ciclo del carbono, aumento de la temperatura global y elevación del nivel del mar, así como alteraciones en la biodiversidad. Si bien los geólogos reconocen estas evidencias y su origen humano, algunas de ellas no persistirán más de cien mil años... Razón por la cual parte de la comunidad científica rechaza el uso del término *Antropoceno* como una era geológica oficial. Así ha ocurrido con la Unión Internacional de Ciencias Geológicas que, a la fecha, no ha reconocido esta supuesta nueva era geológica.

Sin embargo, los mencionados marcadores tienen algo en común: son producto de las relaciones sociales y ecológicas de la civilización capitalista, pues han aparecido durante su vigencia histórica, lo que no está considerado por la teoría del Antropoceno. No sólo no se considera que lo geológico, desde que la humanidad se encuentra en este planeta, también es algo histórico, sino que, en términos políticos, la idea del Antropoceno responsabiliza a toda la humanidad de manera generalizada por la “huella geológica” y los impactos ecológicos. Pero no debemos olvidar que esta huella es diferenciada, ya que está atravesada por la clase, la racialización, el sexo y el género, no sólo a nivel micro, sino a nivel macro. Es bien sabido que los países del capitalismo central contaminan más que las periferias, con todo y sus rebosantes energías limpias. Y que un puñado de empresas capitalistas genera la mayor parte de las emisiones de gases de efecto invernadero, aunque se insista en responsabilizar a las y los pequeños ciudadanos de a pie por sus malos y depredadores hábitos de consumo, lo cual es más una condena moral que un análisis del resultado de las estructuras civilizatorias de larga duración.

Además, los antropocénicos afirman que la humanidad —así en abstracto y de manera generalizada— es la destructora más colosal de la historia. La humanidad como un todo es considerada un arma de destrucción masiva, sólo superada por el gigantesco asteroide que extinguió a los dinosaurios en el periodo jurásico. Sería el peor de los virus y la causante de todas las enfermedades del planeta. Pero frente a esta lectura incompleta, parcial y ahistórica, que se decanta inexorablemente en posturas misántropas, otras visiones han propuesto el concepto *Capitaloceno*, centrándose en los impactos socioambientales de un modo de producción particular: el de la civilización capitalista. El Capitaloceno no sería

la época de la humanidad, sino la época del dominio del gran capital y su vida material. Sería pues el capital, y todas las relaciones culturales, energéticas, materiales, técnicas y económicas que le corresponden, las que ejecutan los cambios y transformaciones sobre la humanidad-en-la-naturaleza.

La propuesta del Capitaloceno implica que no existe una “humanidad en general” y en abstracto, sino que existen relaciones sociales específicas e históricamente determinadas, cruzadas por diferencias de sexo, raza, género y clase. Tampoco existe una relación humanidad-(en la)-naturaleza en general, sino que ésta se encuentra mediada por el capital. Pensar y apuntar hacia soluciones de la crisis ambiental y civilizatoria no puede hacerse sólo desde el punto de vista del consumo y de sus condenas morales, que fijan su mirada únicamente en los pequeños consumidores. También tiene que considerarse la producción como una totalidad. Pues es el capital, en tanto forma civilizatoria singular, el que configura y dota de sentido al consumo y a la producción de todos los individuos que habitamos esta sociedad. Es el dominio del capital sobre las capacidades técnicas de la sociedad el que coloca la impronta sucia y depredadora de la humanidad sobre la naturaleza. A la producción capitalista sólo le interesa la maximización de las ganancias y la minimización de los costos, sin importar si ello implica, a su vez, la devastación de un bosque milenario o la destrucción de lazos comunitarios ancestrales.

COMENTARIO FINAL

En otros momentos de la historia se han desarrollado crisis ecológicas que tuvieron como correlato crisis civilizatorias. Pero se trató de crisis localizadas; no generalizadas y universales. Ninguna

na de ellas tuvo el alcance e impacto de la crisis de la civilización capitalista global, agudizada especialmente en los últimos setenta años. Una crisis que ha rebasado todos los límites naturales a escala planetaria.

En su modo de organizar a la naturaleza y a la sociedad, la civilización capitalista ha creado su propio régimen biológico, como señalamos al principio del presente capítulo. Pero en términos concretos, esto se traduce en que el capital, al imponer su modo de vida material, ha modificado todas las esferas de la geología. Ha producido su propia atmósfera (creando ciudades de humo, smog, partículas suspendidas), su litósfera (superficies enormes cubiertas de concreto y pavimento, minería a cielo abierto, rocas plastiglomeradas), su hidrósfera (secando o desviando ríos, grandes represas, acidificando océanos, desapareciendo los hielos perpetuos, privatizando el agua dulce) y su biosfera (desaparición masiva de especies pero también aparición de nuevos organismos genéticamente modificados, aparición de nuevas enfermedades y virus). Es decir, ha creado su propia *kapitalósfera*, trastocando todo. Por eso se levanta como una civilización, no sólo de dimensiones sociales o ecológicas en cuanto tales, sino, además, de dimensiones geológicas globales, lo cual le otorga su diferencia específica respecto de cualquier otra que haya podido existir hasta el momento.

Esto nos revela a la civilización capitalista como una época tanto histórica como geológica (donde el término *Capitaloceno* puede resultar pertinente, en tanto que más adecuado y preciso que la mera abstracción, llena de generalizaciones, de un Antropoceno). Una época donde el capital es una fuerza geofísica global devastadora de la humanidad y de la naturaleza. Un meteorito, en efecto, pero de origen social. Y que por lo tanto, puede ser transformado por la propia fuerza social que le dio cauce. El calentamiento global y

la crisis ecológica no tienen que ser el destino de la humanidad, así como la civilización capitalista no es la única ni absoluta versión del hecho civilizatorio. El fin del capitalismo no tiene que significar el final de las humanidades-en la-naturaleza y sus civilizaciones.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Braudel, Fernand, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, Isabel Pérez-Villanueva Tovar, trad., Madrid, Alianza, 1984.
- Braudel, Fernand, *La dinámica del capitalismo*, Rafael Tusón Calatayud, trad., México, FCE, 1986.
- Capra, Fritjof, *La trama de la vida: una nueva perspectiva de los sistemas vivos*, David Sempau, trad., Barcelona, Anagrama, 1998.
- Crosby, Alfred W., *El intercambio transoceánico: consecuencias biológicas y culturales a partir de 1492*, Otto von Mering, pról., Cristina Carbó, trad., México, UNAM, 1991.
- Crosby, Alfred W., *Imperialismo ecológico: la expansión biológica de Europa, 900-1900*, Montserrat Iniesta, trad., Barcelona, Crítica, 1999 (Col. *Historia y teoría*).
- Echeverría, Bolívar, *Modernidad y blanquitud*, México, Era, 2013.
- Federici, Silvia, *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Sebastián Touza, trad., Madrid, Traficantes de sueños, 2010.
- Haraway, Donna, “Antropoceno, capitaloceno, plantacionoceno, chthuluceno: generando relaciones de parentesco”, *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales* (Buenos Aires, ILECA), año III, vol. I (junio de 2016), pp. 15-26.
- Hobsbawm, Eric, *La era del capital, 1848-1875*, Carlo A. Caranci y Ángel García Fluixà, trads., Buenos Aires, Crítica, 2010.

- Hribal, Jason, *Los animales forman parte de la clase trabajadora y otros ensayos*, corrección de la traducción de Cristina Novillo Galán, Madrid, Ochodoscuatro, 2016.
- Malm, Andreas, *Capital fósil: el auge del vapor y las raíces del calentamiento global*, Emilio Ayllón Rull, trad., Madrid, Capitán Swing, 2020.
- Marks, Robert, *Los orígenes del mundo moderno: una nueva visión*, Joan Lluís Riera, trad., Barcelona, Crítica, 2007.
- Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política: borrador 1857-1858*, Pedro Scaron, trad., México, Siglo XXI, 2003, vol. I.
- Melville, Elinor, *Plaga de ovejas: consecuencias ambientales de la conquista de México*, Gabriel Bernal Granados, trad., México, FCE, 1999.
- Moore, Jason W., *El capitalismo en la trama de la vida: ecología y acumulación de capital*, María José Castro Lage, trad., Madrid, Traficantes de sueños, 2020.
- Reséndez, Andrés, *La otra esclavitud: historia oculta del esclavismo indígena*, Maia Fernández-Miret y Stella Mastrangelo, trads., México, UNAM/Grano de sal, 2019.
- Smil, Vaclav, *Energía y civilización: una historia*, Álvaro Palau Arvizu, trad., Barcelona, Arpa, 2018.
- Trischler, Helmut, “El antropoceno, ¿un concepto geológico o cultural, o ambos?”, *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales* (México, CIESAS), núm. 54 (mayo-agosto de 2017), pp. 40-57.
- Vega Cantor, Renán, *Capitaloceno: crisis civilizatoria, imperialismo ecológico y límites naturales*, Bogotá, Teoría y praxis, 2019.
- Williams, Eric, *Capitalismo y esclavitud*, Martín Gerber, trad., Madrid, Traficantes de sueños, 2013.